

EL COMPROMISO DE LA VERDAD, EL BIEN Y LA UNIDAD DEL SABER

NATALIA LÓPEZ*

En la segunda mitad del siglo XX, la situación de la Institución Universitaria se ha visto profundamente afectada con la secularización de Occidente; la mentalidad occidental atraviesa graves dificultades y ha sufrido una profunda y errónea separación entre fe y cultura. Quizás las manifestaciones que más afectan a la Institución Universitaria –por su propia misión de buscar la Verdad, en las verdades, y de transmitir la sabiduría– sean la dispersión de los saberes y el reclamo para sí, por parte de la verdad científica, del monopolio de la razón. El cultivo de las humanidades se ha desprestigiado como conocimiento poco seguro ante el aparente rigor científico. Y con ello, no sólo el conocimiento científico y el conocimiento por la fe entran en conflicto, sino que la misma ciencia abandona la búsqueda de las verdades parciales de la realidad que le corresponde, y se convierte en puro afán de conocer para «poder». La falta de referencias estables acerca de Dios, de la realidad que nos rodea y de nosotros mismos, ha dejado al hombre desorientado, y sin norte ante los mismos problemas que plantea el desarrollo científico. Puesto que el núcleo mismo de la vida universitaria es amar con libertad la verdad, el esfuerzo de investigación por las diversas disciplinas científicas, desintegrado y aislado, dificulta enormemente un acercamiento gradual a la Verdad suprema y hacia la definitiva realización de la propia humanidad del hombre.

Era este el ambiente intelectual que se respiraba en la Universidad de Granada cuando, en los años 60, cursaba en sus aulas la licenciatura en Ciencias Químicas. Se percibía ya la perspectiva tecnicista, que propone modelos de desarrollo y de trabajo orientados según la óptica del tener, del producir y del acumular; sin plantearse una crítica de los fines que persigue ni de los medios que emplea, ni considerar si aporta un bien al hombre y a la sociedad. Se empezaba a poner en duda la validez de unas referencias antropológicas y éticas ciertas. El principio rector de gran parte del trabajo científico era un «si puedo técnicamente hacerlo también puedo éticamente», imponiendo así la lógica de la eficacia material. Había, al mismo tiempo, una sana inquietud por cuestiones de fondo; como otros muchos universitarios de esa época me hacía preguntas y buscaba respuesta en lecturas, en diálogo con compañeros y profesores. Era manifiesto que una cultura, que es ajena a la capacidad de la razón de alcanzar la verdad y que acentúa la tendencia a reducir el horizonte del conocimiento a lo que es mensurable, no es capaz de responder a la cuestión relativa al significado último de la realidad, y por ello, no acierta a comprender el sentido de las realidades más inmediatas.

Posteriormente, he visto cómo en ocasiones las reacciones, dentro de la misma comunidad científica

* Natalia López Moratalla: Licenciada en Ciencias Químicas por la Universidad de Granada, en 1968. Doctora en Ciencias Biológicas por la Universidad de Navarra, en 1972. Profesora Adjunta de Química Fisiológica, Universidad Complutense, 1975. Profesora Agregada de Bioquímica, Universidad de Barcelona, 1977. Catedrática de Bioquímica, Universidad de Valencia, 1981. Profesor Ordinario de Bioquímica de la Universidad de Navarra, desde 1981 continuando en la actualidad. Directora del Departamento Interfacultativo de Bioquímica y Biología Molecular de la Facultad de Medicina, desde mayo de 1995. Vicerrectora de la Universidad de Navarra, enero 1984-junio 1993. Investigación en el área de biomedicina, acerca de los mecanismos de potenciación frente al cáncer del sistema inmunitario y de enfermedades autoinmunes.

ante el empleo o no de nuevas tecnologías, han mostrado sensibilidad moral al reflejar el deseo de mantener unos ciertos valores. Pero no ha sido suficiente: al no estar sólidamente fundamentados en la verdad del hombre y de la Naturaleza los criterios guía han sido casi exclusivamente las consecuencias negativas, la utilidad inmediata o la compensación económica. El positivismo imperante en la legislación ha despenalizado y protegido acciones injustas, y en el conjunto de posturas ha faltado una sensibilidad mínima por el valor de las personas y de las criaturas, mostrándose así las carencias morales e intelectuales de que adolece nuestra cultura. Si ahora puedo hacer este análisis, y plantearme otras referencias que guíen mi trabajo científico, es porque he tenido la inmensa, e inmerecida, fortuna de adquirir y madurar mi formación intelectual en una Universidad, la de Navarra, cuyo Fundador, el Beato Josemaría, veía y enseñaba que la vida de la inteligencia ahonda en lo más noble del ser humano: *«Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza (cfr. Gen I, 26) y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe... entrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen las cosas»*¹.

En la Universidad de Navarra

El domingo 8 de octubre de 1967 el Beato Josemaría celebró la Santa Misa, al aire libre, en la explanada que enmarcan el Edificio Central y el de Bibliotecas de la Universidad de Navarra. Le conocí ese día y

mantengo vivo el recuerdo, hasta incluso las inflexiones de su voz y las pausas de algunos momentos, al leer la llamada familiarmente la «homilía del campus» que lleva por título «Vivir santamente la vida ordinaria»². Fue una intensa experiencia oírle explicar, *«en el marco de nuestra Eucaristía»* y en ese *«templo singular»*, que el verdadero lugar de la existencia secular cristiana es la vida ordinaria. Estudiaba en Granada el último curso de la licenciatura de Químicas y fue una vivencia transformadora que decidió cómo llevaría adelante ese programa de vida que proponía, y que para mi se condensaron entonces en las bellas palabras de estas tres frases de la homilía: *...«el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yavéh lo miró y vio que era bueno; ... hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir. Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día... En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria»*. No había transcurrido un año cuando me incorporaba a la Universidad de Navarra para realizar el doctorado en Bioquímica —a estudiar las ciencias de la vida— y a aprender a ser —como nos pediría a los profesores— *«cada día más delicados, más cristianos; no sólo más maestros, sino más discípulos de Cristo»*³.

¹ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 10.

² Homilía pronunciada por Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Gran Canciller de la Universidad de Navarra, durante la Misa celebrada en el campus de la Universidad, con ocasión de la Asamblea General de la Asociación de Amigos, el 8 de octubre de 1967. Pamplona, 1967, 16 págs. Impresa en E.M.E.S.A., Madrid. En esta primera edición la homilía carecía de título.

³ Citado en *«En memoria de Josemaría Escrivá de Balaguer»*, p. 57, Pamplona, 1976.

La Universidad de Navarra, por deseo de su Fundador, nació comprometida con unos ideales de búsqueda de la verdad, de amor a la libertad y de defensa de la dignidad humana y la justicia⁴. Se trataba de vivir ese «*apostolado de la inteligencia*» que como recoge Camino, «*tiene hondura evangélica*»⁵. Sólo con el paso del tiempo he ido comprendiendo que la identidad cristiana es mucho más que una cabeza bien formada a la luz de la fe católica, es además de esto vivir insertado a Cristo: «*Ser otros Cristos, el mismo Cristo*». Que el amor a Dios, la caridad penetre y modere la inteligencia y el estudio dando unidad a todo quehacer diario. Durante estos años, he comprobado, que cuando un profesor no se manifiesta sólo como el que sabe de su materia, sino también como lo que es: un cristiano, su testimonio coherente no condiciona al alumno, sino que constituye siempre una semilla de libertad. He aprendido del ejemplo de los que comenzaron a andar este camino antes que yo, bajo el impulso cercano del Fundador. Y así, he podido, si no a su paso, sí al menos a través de sus pasos colaborar en un proyecto apostólico de gran transcendencia y que por ello exige la cooperación de muchas personas. El Beato Josemaría señaló dos características de los grandes Maestros de todos los tiempos: «*no se han dejado arrastrar por ambientes*

superficiales, ni se han engañado por el espejismo de la fácil novedad»⁶. He permanecido allí los últimos 34 años de mi vida, a excepción de unas brevísimas estancias en las Universidades de Barcelona y Valencia, en las que obtuve plaza, y presté servicio como profesor, con la conciencia de que por deseo expreso del Beato Josemaría la Universidad de Navarra aspira «*a contribuir, codo con codo con las demás universidades, a solucionar un grave problema educativo: el de España y el de otros países que necesitan hombres bien preparados para construir una sociedad más justa*»⁷.

La verdad en la unidad del saber: unidad de fe y razón

En el origen de esa Universidad estuvo el deseo de realizar una honda tarea profesional con la luz de la Verdad que se nos ha entregado en Jesucristo. En la vida de Jesús, en el evangelio, se funda una concepción del mundo y del hombre que no deja de irradiar valores culturales, humanísticos y éticos y una correcta visión de la vida y de la historia. De esta forma se podía ir produciendo la reconciliación en el núcleo mismo en que se había producido la fractura; y como es lógico, se ha hecho y se hace empleando las

⁴ Discurso pronunciado, en 1960, al recibir el título de hijo adoptivo de Pamplona: «*queremos que aquí se formen hombres doctos, con sentido cristiano de la vida; queremos que en este ambiente, propicio para la reflexión serena, se cultive la ciencia enraizada en los más sólidos principios y que su luz se proyecte por todos los caminos del saber*».

⁵ «*Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum*» venid detrás de mí, y os haré pescadores de hombres. —No sin misterio emplea el Señor estas palabras: a los hombres —como a los peces— hay que cogerlos por la cabeza. ¿Qué hondura evangélica tiene el «*apostolado de la inteligencia*». Camino, p. 978.

⁶ Discurso de investidura como doctores honoris causa de Mons. Hengsbach y del Prof. Lejeune, en la Universidad de Navarra el 9 de mayo de 1974.

⁷ Cfr. el texto: «*Sois unos preclaros cultivadores del Saber, enamorados de la Verdad, que buscáis con afán para sentir luego la desinteresada felicidad de contemplarla. Sois, en verdad, servidores nobilísimos de la Ciencia, porque dedicáis vuestras vidas a la prodigiosa aventura de desentrañar sus riquezas, pero además la tradición cultural del cristianismo, que transmite a vuestras tareas plenitud humana, os empuja a comunicar después esas riquezas a los estudiantes, con abierta generosidad, en la alegre labor de magisterio, que es forja de hombres, mediante la elevación de su espíritu*», del discurso de investidura de doctores honoris causa que pronunció el Beato Josemaría el 7 de octubre del año 1967.

vías propias de una universidad: el diálogo interdisciplinar crítico y constructivo, la conversación con sincero interés sobre el trabajo y las ideas de los colegas, la comunicación generosa que permite hacer partícipes a los demás de los libros que encierran sabiduría perenne o novedad profunda, y la humildad de la inteligencia para rectificar o recomenzar, siempre que sea preciso. Un puñado de profesores convencidos de que si con el cultivo de la fe, de las ciencias del hombre y las de la naturaleza, los saberes vuelven a encontrarse, el conocimiento y la cultura recuperarán una inspiración profundamente unitaria y vivificada por la fe. Al mismo tiempo, la conciencia de los límites de la ciencia, y la consideración de la norma moral como una exigencia intrínseca de la investigación y condición de su pleno valor en el acercamiento a la verdad, hace posible que las exigencias morales se conviertan en salvaguardia de una investigación digna del hombre, al servicio de la vida, y de la construcción de la paz.

Hoy es casi un tópico la convicción de que la superespecialización, que tantos resultados produjo en el siglo XX, es una de las más severas limitaciones que en el siglo XXI habrán de superarse. Para mí, 35 años antes, ya se había convertido en tarea, al vislumbrar la propuesta universitaria del Beato Josemaría Escrivá. Su proyecto de Universidad, perennemente en marcha en la joven Universidad de Navarra, se me hizo programa vocacional de vida: estudio, investigación y enseñanza, que sólo se encaminarían hacia la plenitud si procedía del deseo de dar un sentido cristiano al trabajo: la santificación del trabajo ordinario enlazado en una unidad de vida, como enseñó incansablemente el Beato Josemaría. Esa unidad de vida incluye unidad de fe y razón, unidad de la dimensión intelectual y espiritual; junto a una profunda unidad entre colegas dentro de la misma universidad —que es simultáneamente comunidad de saberes y de personas— y

que, de suyo, debe relacionarse y cooperar con otras instituciones análogas del mundo entero para un recíproco enriquecerse. Y una unidad, sentido apostólico, también con los alumnos para ser más que un dispensador de conocimientos, un guía hacia la Verdad y el Bien, que les lleva hasta el umbral mismo del misterio, ante el que cada uno decide con su propia libertad. Mis estudios me han llevado a buscar y difundir la verdad, sobre las ciencias de la vida, que no son campo neutro, o alejados de la fe, ya que la Naturaleza es un reflejo del Creador; la ciencia permite reconocer el valor de las criaturas y descubrir un sentido que va más allá de lo concreto y contingente. A través de la docencia procuro dar a los estudiantes una formación enteriza: a que aprendieran a trabajar bien, que es una forma de captar el mensaje de Amor de Dios a cada uno en el mundo creado por Él, afeado por el pecado del hombre, y esperando su recreación a través del trabajo; y a que empapados de espíritu universitario y cristiano, capten un ideal auténticamente humano que les permitiera vivir su vida con rectitud y espíritu de servicio.

Al año de estar en Pamplona volví a ver al Beato Josemaría; el año 1969 la Santa Sede había aprobado la erección de la Facultad de Teología. Quiso venir a comunicarlo en persona a la Junta de Gobierno. No entendí, en ese momento, la importancia de tal aprobación, pero sí percibí una alegría grande, serena y agradecida cuando, junto a un centenar de personas (entre las que me encontré al salir del edificio en que trabajaba, tras ver desde mi laboratorio un cierto ajetrete de preparativos en la Ermita del campus), se acercó a la imagen de la Madre del Amor Hermoso, rezó una breve oración y encendió dos lámparas, que se habían colocado ese día y que desde entonces no se han apagado nunca. Una pequeña cartela colocada en cada una de ellas, recoge la siguiente inscripción «*Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Gran Canciller*

de la Universidad de Navarra, mandó poner esta lampara en honor de Santa María Madre del Amor Hermoso, el día 1 del mes de noviembre de 1969, Fiesta de Todos los Santos».

Desde que conocí Camino, me había calado hondo la idea del *«absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional... como quien deja el sombrero en la puerta»*⁸, y me sentía interpelada a la tarea de defender en todos los terrenos científicamente a la Iglesia: *«Tú... no te puedes desentender de esta obligación»*⁹. Así que a partir de ese año 1969, dediqué tiempo de estudio serio a la ciencias Teológicas, a la vez que comprendía que sólo podría contribuir al ideal de unir fe y razón y ciencia y cultura si antes se encontraban unidas en mi vida de profesor universitario¹⁰. Era la vía segura y el camino andadero¹¹. Se hacía realidad el deseo del Fundador de que se incluyeran en los planes de estudios de las diferentes carreras algunas disciplinas de Teología, de fundamentación humanística y de deontología o moral profesional y que en la Universidad se cultivaran junto a los estudios

humanísticos y las ciencias positivas y técnicas, las Ciencias Sagradas, tanto para mejorar la formación de los alumnos como para facilitar la inspiración cristiana de las ciencias y la cultura. Y todo se unía en la vida de trabajo ordinario: la coherencia cristiana y carácter apostólico está en perfecta armonía con el rigor científico y académico. Comencé a asistir y a promover encuentros académicos –seminarios y diálogos más o menos informales– con colegas de la misma y de otras universidades. Realmente cuando una universidad no está cerrada a ninguna rama del saber y los cultiva es muy fácil que las personas que la componen en cada momento se beneficien de un flujo enriquecedor entre ellos y se abran las mentes a horizontes más amplios. Con el tiempo se encuentran intereses, inquietudes, preguntas comunes y se abre paso a un estudio y una investigación interdisciplinar de las cuestiones, en que cada uno encuentra en los demás luces nuevas para afrontarlas; se vence la comodidad de lo fácil, la tentación de conformarse con un saber aliado al pragmatismo o disperso en erudición. Se crea ese clima de amistad, que respeta el pluralismo, como nos enseñaba el Beato Josemaría Escrivá¹². Un clima

⁸ «Aconfesionalismo. Neutralidad.—Viejos mitos que intentan siempre remozarse ¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?». Camino, p. 353.

⁹ «Antes, como los conocimientos humanos —la ciencia— eran muy limitados, parecía muy posible que un solo individuo sabio pudiera hacer la defensa y apología de nuestra Santa Fe. Hoy, con la extensión y la intensidad de la ciencia moderna, es preciso que los apologistas se dividan el trabajo para defender en todos los terrenos científicamente a la Iglesia. Tú... no te puedes desentender de esta obligación». Camino, p. 338.

¹⁰ «Por medio de la Sagrada Teología, cumbre y corona de la verdad científica, podemos llegar a la síntesis ordenada de todas las ciencias humanas. Orden y síntesis que corresponde a la unión que existe de hecho entre la naturaleza y la gracia». Citado en: En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, pp. 127, Pamplona, 1976.

¹¹ «Con esta divina seguridad que jamás desconoce la trascendencia de la Palabra de Dios, recorreremos los caminos todos de la tierra, colaborando —con profundo optimismo— en todas las tareas de los hombres de buena voluntad, en búsqueda de verdades —filosofía, ciencias, todo el campo del humano saber— y en el afán de hacer bien a la humanidad entera». Citado en: En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, pp. 127-128, Pamplona, 1976.

¹² «Un verdadero cristiano no piensa jamás que la unidad en la fe, la fidelidad al Magisterio y a la Tradición de la Iglesia, y la preocupación por hacer llegar a los demás el anuncio salvador de Cristo, esté en contraste con la variedad de actitudes en las cosas que Dios ha dejado, como suele decirse, a la libre discusión de los hombres. Más aún, es plenamente consciente de que esa variedad

que impulsa al diálogo y a hacerse presentes en los foros culturales internacionales, con la responsabilidad de participar en la generación y difusión de la cultura; de contribuir a reforzar con sabiduría nueva a las raíces cristianas y humanísticas de la cultura verdadera.

Investigación y docencia universitaria: estudiar y aprender

En esos primeros años de formación académica comprendí que el valor y la importancia de la investigación, no está en los resultados, sino en el trabajo, en el estudio. Por eso, investigar no es más importante que la tarea de mantener en perfecto estado los edificios de la universidad, como en varias ocasiones le oí al Fundador. Sin embargo, como dejó escrito en Camino: «a quién pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea»¹³. ¿Por qué? Porque es un oficio necesario, igual que los demás, pero con un efecto multiplicador muy grande: si no hay nieve en las montañas, el riesgo de sequía es mayor¹⁴. Nos enseñó a estar habituados al cambio y a la permanencia, a la labor

constante y al trabajo que sorprendía. Todo era esperado y todo era inesperado. Pero siempre animaba a encontrar lo heroico en el silencio de lo pequeño, habitualmente oculto al aplauso. Y aunque la Universidad de Navarra tenía ya un prestigio, como cada universidad gana, cada día en el día a día, el valor que añadan las personas que en ellas trabajan. Es el valor añadido de servir a los hombres de una época concreta, en unas circunstancias concretas, como medio en busca del objetivo final que es lo permanente: trabajo hecho cara a Dios, como respuesta personal a Él.

En esta primera etapa de formación, de aprender a hacer la Universidad de Navarra haciéndola, fui viviendo con la naturalidad de lo ordinario a mantener una relación muy personal con los alumnos. A dedicar horas a una labor de asesoramiento. «¡Dejáos tocar!» Le oí decirnos a los profesores a su primer sucesor el Obispo D. Álvaro del Portillo, recordando y comentando una escena que viera pequeño Beato Josemaría: «le he tocado» oyó decir, con la cara radiante de emoción, a un chaval de pocos años que había logrado acercarse al torero triunfador que era su héroe¹⁵.

forma parte del plan divino, es querida por Dios que reparte sus dones y sus luces como quiere. El cristiano debe amar a los demás, y por tanto respetar las opiniones contrarias a las suyas, y convivir con plena fraternidad con quienes piensan de otro modo». Conversaciones, 67.

¹³ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino* p. 332.

¹⁴ «El trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con un duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia. No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: Ego sum veritas. Yo soy la verdad... El cristiano ha de tener hambre de saber; desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas... La luz de los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo (Mt V, 16)». Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 10.

¹⁵ «Me acuerdo de una escena que presencio hace bastantes años, en Zaragoza, en un bar —se llamaba Gambrinu— que no se si seguirá existiendo. Había en aquel café un grupo de hombres y, entre ellos, un torero famoso. Se paraba la gente a contemplarlo. Un niño salió de la muchedumbre, pasó una mano por el traje del hombre que todos admiraban, y volvió con la cara radiante, diciendo a gritos: ¡lo he tocado!». (Meditación, 30-III-1964. En Pamplona habló de «meter en las almas a Cristo» (Tertulia en el Colegio Mayor Belagua, Pamplona, X, 74). Y en sus escritos aparece con frecuencia la verdad acerca del valor de cada persona en expresión gráfica: «Cada uno vale toda la sangre de Cristo». *Es Cristo que pasa*, 80.

Al cabo de los años, cuando a veces he vuelto a coincidir con antiguos alumnos, he tenido la íntima alegría de ver que aquellos consejos que pude darles, o les dieron otros profesores, con afecto sincero y deseo de abrirles horizontes, les habían quedado grabados de por vida. Y han permanecido amistades sinceras y leales. Ciertamente, como escribió en *Surco*: «*El deseo de “enseñar,” y “enseñar de corazón,” crea en los alumnos un agradecimiento, que constituye terreno idóneo para el apostolado*»¹⁶. El Beato Josemaría no enseñaba «teorías», se notaba que hablaba de lo que vivía. Pienso que vivió en primera persona esa gratitud a sus maestros, por lo que consideraba «deudas impagables», a la vez que cultivó su amistad con muchos de ellos. En él se palpaba su enorme capacidad de agradecimiento; y muchas «pequeñas costumbres» de la Universidad de Navarra reflejan ese influjo: desde la Santa Misa de difuntos que cada año los estudiantes de Anatomía celebran en sufragio de las almas cuyos cuerpos fueron donados al morir; a la explicación que –los alumnos que pisan por primera vez los edificios– reciben acerca de cómo no manchar suelo, paredes, etc. es la mejor forma que tienen de agradecer el enorme sacrificio que supone a las señoras de la limpieza tener todo perfecto a altas horas de la mañana para que ellos lo encuentren bien, para servir a todos; o a la posibilidad que les brinda la Asociación de Graduados de mostrar su agradecimiento colaborando y haciendo posible que otros puedan recibir lo que ellos en su día recibieron.

Desde esos años, el interés por aspectos concretos de mi área de investigación ha ido unido a los intereses que se despertaban en las clases, o en conversaciones y seminarios con los alumnos; diálogos abiertos a interrogantes profundos y a cuestiones más importantes y que no están incluidas en sus estudios especializados.

El complejo mundo microscópico del átomo me había precipitado a la Química y, algo después, la fascinación por el proceso por el que aparecieron en la Tierra los primeros seres vivos me llevó a la Biología; y un equilibrio entre ambos mundos me situó en la Bioquímica. Desde esta parcela del saber he buscado entender –a veces muy acompañada por mis alumnos– los procesos por los que se transforma la energía en los seres vivos (del Sol a las humildes mitocondrias de las células), los procesos que provocan la locura de la célula cancerosa o la no menor locura de los monocitos y linfocitos de nuestra sangre que se ensañan contra el propio cuerpo en las enfermedades autoinmunes. Hechos circunstanciales, o mejor dicho providenciales, como el acelerado desarrollo científico de mi área y los cambios de planes de estudios y reestructuración de la docencia universitaria en mi país, me ha dado la oportunidad privilegiada de impartir, en el espacio de casi 30 años, siete materias diferentes, de las cuales sólo una contaba de antemano con un programa elaborado y consolidado. Ha sido una experiencia apasionante: he elegido los temas de estudio mirando ese buen mundo «salido de las manos de Dios» y dejando que la mirada se prendiera en lo que llamaba poderosamente la atención y me atraía. Y he comprobado que aquellas cosas (como de qué manera se construye un ser vivo, cómo ha sido la evolución de las plantas y los animales, qué bases genéticas hay bajo el comportamiento animal o qué predisposiciones biológicas hereda cada ser humano, etc.), que he estudiado largas horas con la fuerza de la pasión por conocerlas y comprenderlas, producían en mis alumnos el gozo de conocer y fomentaba una libertad libre de prejuicios apta para buscar la verdad que conduce a la Verdad. La vocación a la docencia universitaria está de suyo unida a la investigación; en ocasiones las preguntas de mis alumnos me han

¹⁶ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, p. 230.

llevado a estudiar más a fondo un tema y los problemas cuya respuesta he buscado en el laboratorio han surgido al hilo de las clases. Eran temas «temidos» para mí, porque es algo realmente fatigoso explicar lo que tú no entiendes del todo, y a veces no lo entiendes porque no está claro, o no está bien resuelto, aunque aparezca incluso en los libros de texto. Es bien cierto lo que enseñó el Beato Josemaría: «*Profesor: que te ilusione hacer comprender a los alumnos, en poco tiempo, lo que a ti te ha costado horas de estudio llegar a ver claro*»¹⁷. Es verdaderamente ilusionante cuando, sobre esa base de esfuerzo pensando en ellos, se establece una sintonía y queda abierto el diálogo sobre temas humanísticos, éticos y personales porque, ya allí, en el aula misma ha nacido amistad. La unidad docencia e investigación propia de mi profesión me ha ayudado a mantener la mente abierta a toda la realidad, que es mucho más amplia y rica que lo que se ve con la lente que necesariamente el conocimiento científico exige usar¹⁸.

Misión de servicio cristiano

En las enseñanzas del Beato Josemaría en la Universidad está siempre presente la dimensión de servicio humano y cristiano: «*misión de servicio a todos los hombres, mediante la investigación universal de la verdad*»¹⁹; servicio en el quehacer educativo que se dirige a formar «*cristianos verdaderos, hombres y mujeres íntegros capaces de afrontar con espíritu abierto las situaciones que la vida les depare, de servir a sus conciudadanos y de contribuir a la solución de los grandes*

problemas de la humanidad...»²⁰. Ese intercambio constante con las sucesivas promociones de jóvenes, con sus inquietudes y sus deseos de darse, ha sido terreno abonado donde hacer realidad el afán de servir con que impulsara el Fundador la Universidad de Navarra. La ayuda a gente necesitada, o enferma, o con poca cultura, buscando además que esa ayuda estuviera en consonancia con la formación académica que ellos estaban recibiendo, incluso como prácticas de las materias que cursaban, y también la posterior posibilidad, con las reformas educativas, de cursar en las diversas licenciaturas asignaturas de libre elección de Cooperación al Desarrollo, han contribuido a que para muchos graduados la actitud de servir a los demás, esté integrada en unidad de vida en su propio quehacer profesional.

Al mismo tiempo el trato con colegas, la lectura de sus escritos, me ha ayudado a comprender que no es infrecuente que muchos científicos miren al mundo y no vean más que mecanismos y procesos, nada digno de extrañeza. Una buena parte profesa de hecho un materialismo científico que se opone a la transcendencia, o que ignora la existencia de un Creador, Providente y Padre. A pesar del hecho de que la admiración por la coherencia y armonía de la realidad es muy fuerte, las explicaciones de la ciencia aparecen para algunos como suficientes, y en cierta medida ocupan ese lugar, esencial para cada hombre, de la experiencia religiosa. Tras esta postura está una falsa modestia y el germen de una perspectiva que es materialista y acaba cerrando el camino al misterio al científico y cerrándolo a los alumnos y discípulos.

¹⁷ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, p. 229.

¹⁸ «*Cuanto más cerca estáis de los alumnos, más os quieren. Cuanto más empeño ponéis en levantarlos a ellos, más os eleváis vosotros*». Tertulia en Pamplona, Colegio Mayor Belagua, el 6 de octubre de 1972.

¹⁹ *El compromiso de la verdad*. Discurso pronunciado en la Universidad de Navarra el 9 de mayo de 1974.

²⁰ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 28.

La Ética del conocimiento científico, que exige conocer los límites propios de su método, no debe ser una asignatura pendiente en un profesor universitario. Es preciso ser capaz de confiar mucho más en lo que la vida enseña, en lo que el diálogo con los demás enseña, y menos en los objetivos y neutros resultados del laboratorio. De lo contrario se puede acabar buscando soluciones sólo técnicas a los problemas humanos. En el auge de la Bioética se advierte la necesidad de responder a los grandes problemas éticos que plantean las ciencias de la vida y de encontrar respuestas a esas preguntas fundamentales, que la ciencia no es capaz de ofrecer. Sin embargo, el conflicto o la falta de armonía entre los saberes se presentan además en lo que se refiere a la fuente y origen de normas morales. Precisamente, uno de los postulados del cientifismo —derivado de su pretensión de ser el único conocimiento seguro— es presentar la ciencia y las nuevas tecnologías como las únicas fuentes capaces de guiar la toma de decisiones —sin tabúes ni dogmatismos religiosos— acerca de las aplicaciones de la ciencia y de manera especial a las aplicaciones que relacionadas con el comienzo, la conservación y la terminación de la vida humana. Para algunos, incluso los conocimientos aportados por el descifrado del mapa genético humano, aportarán la clave para comprender y definir la naturaleza humana y lo bueno y lo malo; para otros las biotecnologías, que han abierto la posibilidad de fecundar artificialmente, de poder intervenir en el patrimonio genético, y que podrán llegar a abrir la clonación de seres humanos, son pasos que permitirán hacer dioses a los hombres.

Un trabajo interdisciplinar de años nos llevó a estudiar y fundamentar las respuestas de las cuestiones

morales derivadas del desarrollo científico. Se fueron incorporando las asignaturas de ética profesional y bioética en los diversos planes de estudio de la Universidad. He aprendido de las enseñanzas del Beato Josemaría, como una responsabilidad ineludible, que para la formación de la conciencia de los alumnos, y como parte de las ciencias naturales, es un elemento esencial el reconocer los límites éticos, el reconocer que la persona no puede responder ilimitadamente de las cosas, que no tiene derecho a destruirse a sí mismo o a otros. Durante más de diez años me he encargado de la asignatura Deontología Biológica, y he contribuido a la divulgación y a la opinión pública en temas de bioética, en Congresos, Asociaciones, Cursos, Conferencias, artículos en revistas, etc. Con mucha frecuencia he recordado, y procurado «imitar» cómo el Beato Josemaría unía la más firme defensa de la vida de un ser humano, fundamentándola en la dignidad de cada persona, creada a imagen y semejanza de Dios, con los datos científicos que había aprendido, por ejemplo, del Prof. Lejeune acerca del desarrollo incipiente de una criatura. He buscado, enseñado y divulgado, los datos científicos que manifiestan la unidad e individualidad del embrión humano que muestran que no existe un «preembrión». Él enseñaba que las investigaciones *«necesariamente tienen que llevar a Dios, porque contribuyen... a acercarnos al Creador»*²¹. Enseñaba a no *«admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad»*²² y que la formación espiritual y la práctica de la fe, la vida cristiana, permite esa unidad de vida entre lo sabido por la ciencia, lo sabido por la fe y la fe cristiana vivida. Él, respetando profundamente la libertad personal, alentó no sólo a que las aulas

²¹ *La Universidad ante cualquier necesidad de los hombres*, Discurso pronunciado en la Universidad de Navarra el 7 de octubre de 1972.

²² Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 10.

estuvieran presididas por el crucifijo, y existieran oratorios en los diferentes edificios académicos, sino a que hubiera actividades de formación espiritual, parte de la labor de los Capellanes²³. Es necesario encender, con el estudio, la luz de la fe a la razón²⁴.

La ciencia, bien entendida, acerca al hombre a Dios puesto que le permite conocer mejor su obra. El Beato Josemaría hablaba con apasionamiento de Dios, de la maravilla de un dios Creador²⁵ y proyectaba, con energía, la luz de su conocimiento y su amor de Dios a la visión cristiana del mundo y del hombre. Son la revelación y la fe cristiana, en definitiva, las que miden la verdad alcanzable y alcanzada por las ciencias. Ese camino me ha permitido encontrar solución a algunos de los «eternos» conflictos entre evolución y creación en la ciencia que cultivo, y mostrarla a mis alumnos. Más aún, es obvio que un Dios que quiere entrar libremente en diálogo con los hombres, que le promete vida eterna y se declara su Padre, no puede ser excluido ni ignorado en las explicaciones que pretendan dar cuenta de la unidad materia-espíritu del ser humano. Tal vez una de las más importantes tareas de los científicos cristianos sea pensar la biología humana en clave no sólo biológica sino antropológica. Un largo diálogo entre médicos, científicos, filósofos y teólogos, ha ido mostrándonos un posible camino andadero para comprender la profunda unidad, cuerpo y alma o

cerebro y mente, del hombre. Los contenidos de una asignatura, como «Bases biológicas de la personalidad y la sexualidad humanas», han podido ser iluminadas y comprendidas desde la singular creación de cada criatura humana, y sólo desde la revelación del Amor de Dios que llama a la vida a cada ser humano. La madurez ya alcanzada en ese intercambio entre profesores de diferentes materias, ha permitido impartir en los estudios de Doctorado una asignatura multidisciplinar sobre las «Bases antropológicas de la enseñanza universitaria», que cursan conjuntamente los alumnos de doctorado de todas las Facultades. Y al mismo tiempo las posibilidades de comunicación a través de las redes informáticas ha posibilitado un dialogo sin fronteras abierto a cristianos, científicos, filósofos y teólogos; un diálogo que no es anti-nada, sino que desea, como nos enseñó el Beato Josemaría, ahogar el mal en abundancia de bien; o como decía gráficamente –llenar el mundo de papel impreso... Mas aún, busca positivamente dar a conocer lo bueno que hacen otros²⁶. Mi vida profesional no habría sido una verdadera aventura, con la grandeza de la vida cotidiana, sin la seguridad en la enseñanza del Beato Josemaría de que «*el trabajo de la inteligencia debe –aunque sea con un duro trabajo– desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas*»; y *el comunicarlo es un bien para las almas: «Apostolado de la doctrina: ése será siempre tu apostolado»*²⁷.

²³ «Serán los estudiantes y los profesores quienes libremente participarán –si lo desean– en estas iniciativas y actividades, que son una eficaz ayuda para su formación espiritual». Citado en *En memoria de Josemaría Escrivá de Balaguer*, p. 128, Pamplona, 1976.

²⁴ «Resulta fácil –también ocurría en tiempo de Jesucristo– decir que no: negar o poner en entredicho una verdad de fe. –Tú, que te declaras católico, has de partir del “sí”». Después, con el estudio, serás capaz de exponer los motivos de tu certeza: «de que no hay contradicción –no la puede haber– entre Verdad y ciencia, entre Verdad y vida». Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, p. 572.

²⁵ «¿Habéis visto una manifestación más grandiosa de la misericordia de Dios? Dios Creador nos lleva a llenarnos de admiración y de agradecimiento. Dios Redentor nos conmueve...». Tertulia en el Colegio Mayor Belagua, Pamplona en octubre de 1972.

²⁶ «Uno de los apostolados de la Obra es dar a conocer la verdad, con claridad y objetividad. Y hacer que se conozca, en cada país, el ambiente de religiosidad y de trabajo, las actividades científicas y sociales, de los católicos de los demás países, no sólo en sus labores colectivas, sino también un sus tareas individuales». Carta 30. IV-1946, n. 69 Med., 463.

²⁷ Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, p. 225.